





ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: enero, 2025.

© Juan Clemente Sánchez.
© ELVO Editorial.
© de la fotografía de solapa: Juan Clemente Sánchez.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 61-2025
ISBN: 978-84-129443-2-7



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.



SUEÑO CON LAS MARISMAS

JUAN CLEMENTE SÁNCHEZ

*A Francisco Vélez Nieto por inspirármela
y a Manuela por su ayuda imprescindible.*

1. Despegue a la marisma

Los niños estaban jugando al cielo voy en el llano de detrás de las chozas, como otras tardes largas e interminables, matando el aburrimiento con sus saltos largos y con el convencimiento de que llegarían lejos con sus zancadas propulsadas a lo más alto; lo mismo jugaban a asaltar el cielo que a esconderse entre las malvas clandestinamente; estas le daban una dimensión selvática a aquel claro de forraje, donde la vegetación permitía que crearan su propio mundo divertido. Allí florecían los juegos, solo el palo de la billarda los embarcaba más allá de los techados, con un golpe certero lanzando el palitroque aún más lejos que cuando disparaban piedras con un tirachinas formando unas parábolas perfectas que impactaban en la grama. Otras veces, hacían bailar al trompo que daba vueltas, como solían hacer ellos con los asuntos que les interesaban; con la curiosidad innata del círculo vicioso, allí estaban trasteando, entretenidos en sus correrías.

Antonio Sangremuerta Sánchez llegó corriendo a darles una noticia trascendental que podía cambiarlo todo; a su padre, que trabajaba a destajo en un derribo retirando escombros en las obras de la presa, en una de las casas que querían echar abajo, tirando todo lo que eran ruinas del pasado, le habían dado un castillo hinchable de segunda mano, aprovechando que estaban desprendiéndose de todo lo que acumulaban en uno de los patios, a la intemperie. Hacía tiempo que no se usaba, no les servía ya para nada en aquella morada desplomada, donde no quedaba infancia; allí apilado, no era más que un trasto totalmente amortizado, un lastre del que querían librarse y que

otros niños podrían aprovechar mucho mejor, podrían sacarle rendimiento, solo con inflarlo tendrían diversión asegurada para rato. A él se le unieron sus amigos fieles: Pedro Nieto Ruiz, José Fuentes Pino y Javier Gallego Duran

Raúl Sangremuerta López, su padre, pensaba sacarle partido de forma inmediata, dadas las penurias que estaban sufriendo. Hizo un trueque con Juan Antonio García que era el dueño de la taberna del Fin del Mundo, se lo cambió por seis sardinas arenques envueltas en un tosco trozo de papel de estraza, un cartucho relleno de azúcar morena, un trozo de panceta bien despachada, un kilo generoso de harina blanca, una garrafa de tres cuartos de arroba de aceite de oliva virgen extra y un litro largo de vino tinto del barril que tenía colocado encima del mostrador. De él decía que era denominación de origen de no sé qué tierras lejanas; los dos se quedaron tan contentos, satisfechos por una operación que convenía a ambos por igual.

Juan Antonio García veía una oportunidad para ganar clientela, instalándolo en un sitio privilegiado, allí en la terraza que da a la plaza de los Cuatro Vientos. No es que la competencia fuera feroz, pero si atraía a los niños, todo sería mejor; los padres vendrían más, estarían alternando en la taberna con los amigos y con el vino; podrían quedarse tranquilos porque los niños estarían entretenidos, brincando como saltamontes libres, sin las ataduras de las miradas constantes de los padres, terminarían agotados de tantos saltos sin desmayos y listos para entregarse a los sueños sin rechistar. De esta forma el negocio no se vería resentido si a alguien se le ocurriera montar otra taberna por allí cerca que le pudiera hipotéticamente perjudicar con una competencia por cristalizar. Los parroquianos tendrían un incentivo más para parar allí, en su establecimiento, antes de en cualquier otro lugar. Él sabía que se jugaba los cuartos y era el que podía pegar el mayor salto.

Juan Antonio García mandó a instalarlo con premura, no se entretuvo en la puesta en marcha, se necesitaba una buena bimba o unos pulmones huracanados para esa empresa. Fueron al taller de «el Bujía», quien tenía un compresor de aire que era mucho mejor, les ahorraría muchos soplidos y un trabajo agotador. Era un invento maravilloso, con un chorro de aire a propulsión capaz de llenar un

globo terráqueo, con su válvula funcionando a pleno rendimiento; no habría castillo plegable que se resistiera ante aquel prodigio de atmósfera de asalto, prensada a base de ingeniería mecanizada, inexplicable para los que estaban al margen de las innovaciones técnicas. Pronto aquel amasijo de plástico embalado respondía a los estímulos de aquel instrumento sofisticado, a su piel arrugada le va concentrando un chorro de aire desesperado que lo ahogaba de tanto oxígeno que le inyectaba; ante la posibilidad angosta de escapar del aparato que los reconcentraba, el viento salía con una fuerza inusitada, por una larga manguera que formaba un túnel de huida, para hacer un traslado forzoso a otras dependencias como si de la boca de una manguera nodriza se tratase, en una transfusión huidiza, que despertaba al castillo y le insuflaba vida. Se desperezó como una ilusión perdida, tomando forma de una fortaleza medieval. Era una fantasía que se moldeaba conforme iba creciendo con el aliento de colores vivos y atrayentes, todos mezclados, como si fuera un arco iris empaquetado, los niños en sus juegos lo podrían asaltar con su asedio de deseos divertidos; allí encontrarían una nueva forma de disfrutar de la tarde, una forma de despistar los bocados que les daba el hambre, se les paraba el reloj biológico y el tiempo se suspendía en sus saltos prodigiosos, y no se daban cuenta de su paso estos saltimbanquis espontáneos. Era un paréntesis en sus vidas, donde la realidad les daba un respiro para recuperar el aliento por la falta de alimentos; un tiempo muerto donde se distraían de su preocupación existencial, calmar la reclamación de sus tripas, declaradas en rebeldía, por la falta de materia prima para sosegarlas, desbocadas por los rigores de la falta de sustancias. Allí era donde se suspendía la prisa y les faltaba el aliento, entre la inanición y tanto movimiento, rebotando contra el plástico hinchado y el espejismo de la escasez de viandas para su sustento, hacían malabares para combatir las estrecheces de la plaga de hambruna que la autarquía del régimen había sembrado en sus estómagos desahuciados.

Antonio Sangremuerta Sánchez se montó en el castillo hinchable junto a sus amigos, sin la merienda que apaciguase sus necesidades acuciantes, y daba botes sobre su panza de aire y sus almenas flexibles. Aquella cámara de aire comprimido soportaba las caídas de

sus cuerpos delgados, como ángeles leves, y los aterrizajes suaves de sus huesos señalados sobre las carnes y sin daños aparentes porque eran todo pellejos, pero con úlceras sangrantes en sus derrames internos, por falta de autoestima nutritiva y de pan cicatrizante, ante postillas imprevistas. Sus proezas acrobáticas no dejaban secuelas a simple vista, sus piruetas eran amortiguadas por los gases invisibles que abundaban en sus intestinos abandonados por su flora bacteriana, y los impulsaban más arriba de sus contrastadas habilidades. Todo aquello era más divertido que sus fantasiosas historias para engañar sus propias necesidades y sus imaginaciones salvajes que pululaban ausentes por lo estómagos de los niños vacíos, para creerse que eran falsas sus carencias de sustancias ausentes en sus barrigas hinchadas solamente de aire. Sus vientres estaban poblados de gases, aunque siempre los acusaban de tener pájaros en la cabeza, por sus delirantes apuestas para burlar sus faltas de comida y sus juegos de palabras constantes para escabullirse de su escasez de manjares y saciar sus carencias. Ellos de alguna manera estaban acostumbrados a construir castillos en el aire y suplantaron los huecos aeróbicos que se aburrían en sus vísceras famélicas, ocupadas en masticar solo sus ansiedades.

De repente, se levantó una ventolera que parecía de otra dimensión, el fuerte viento de la plaza los elevó de una manera súbita e impensable, los disparó hacia arriba de una forma intrigante, transgresora y traicionera, se llevó el castillo por los aires como un cohete de ignición. Una racha superlativa sorprendió a los menores mientras jugaban a derribar aquella muralla infranqueable que los separaba de esta despiadada realidad; nunca tener los pies en el suelo podía tener un coste mayor. La atracción estaba sujeta a la tierra con unas cuerdas baratas de cáñamo, pero inesperadamente, sin orden previa y de motu propio, aquella nave misteriosamente despegó, soltó amarras, zarpó a la aventura sin avisar a los pasajeros, sin esperar a que los vientos fueran favorables, envalentonándose, sorprendiendo a los niños que jugaban sin pasajes, ante la impotencia de los padres, por aquella fuerza de la naturaleza invencible. No podían luchar contra los elementos desatados por su propia fiereza, mientras los niños volaban secuestrados por sus propios temores, las sogas resultaban

inútiles ante la fuerza de sus deseos insatisfechos, invocando paraísos perdidos de frugalidad sin restricciones, en un juego macabro de los agentes meteorológicos, donde todo se había vuelto loco de remate y no había quien entendiera aquel repentino rebote, ni la brusquedad de sus cambios de humor y de sus bruscos movimientos. No podían contener la furia de aquel armatoste ni se podría rescatar de aquella anomalía que se les había sobrevenido; nadie tenía medios para un intento de rescate en el vuelo, el castillo era caprichoso, dejándose llevar por aquel tornado peligroso, y los niños luchaban en una batalla desigual contra la arbitrariedad desatada, agarrándose como podían a aquella materia resbaladiza que los lanzaba en forma de un proyectil hacia la nada. Ellos, que no nadaban en la abundancia, eran desplazados hacia la incertidumbre arriesgada, de la que era casi imposible que sobrevivieran; era una situación tan extrema que solo un milagro podría salvarlos. Allí permanecían muertos de miedo, agarrados a un desequilibrio, proyectados al vacío que amenazaba con estrellarlos y precipitarlos al precipicio del vértigo indomable de una caída sin red sobre la dureza de la tierra indómita y baldía.

La fuerza eólica lanzó un ataque furioso contra el apetito insatisfecho de los niños. Era capaz de mover macetones de su lugar; de tumbar árboles frondosos reconvertidos en comestibles de urgencias; de arrancar hierros poderosos, infrautilizados por no roturar los descampados, ni de abrir y cerrar puertas a otros espacios no sembrados. El vendaval los trasladaba a otros mundos insospechados, junto a techos de paja de las chozas desarmadas. El viento revoleó los papeles cambiando roles y funciones, en un remolino que giraba en ebullición y transformaba todo lo que aparecía a su paso, los elevaba sin premeditación a un insospechado lugar de altos vuelos. Los niños se quedaron en el burladero de las almenas sintéticas, mirando aquello que estaba cambiando para siempre, impactados por aquel impulso inesperado y el giro que les estaba dando la vida, bloqueados ante algo que desde el suelo les parecería inconcebible; pasando de un apacible e inocente juego, para evadir la falta de víveres, a aquel despegue imposible, donde las atracciones infantiles volaban sin causa aparente en un gran revoltijo de objetos leves, arrancados al barbecho como una avería de los vientos, convirtiéndose aquel globo deforma-

do en un ave desplumada de mal agüero, planeando junto a hierbajos aromáticos, girando junto a los cardos borriqueros en aquella plaza llena de aves inertes a las que hoy le disputaba el aire miles de hojascas amargas e innumerables naturalezas muertas. Era una nube de color azafrán que tenía la forma de un castillo gigante, que sale de las colinas de la niebla, de un vapor sin sustancia vapuleada por los soplidos inmisericordes y agobiantes que venían del norte, pero por aquí se lían sobre sí mismos, no se sabe muy bien por qué, se han enredado en su propio monólogo, formando tornados iracundos y despiadados. La llanura del valle parece que los vuelven locos, como un ciclón revoloteando sobre sus propias contradicciones salvajes y soplando de un modo descontrolado, en un viaje turbulento hacia ninguna parte.

Aquella ventolera inusual que se había levantado era un tornado espectacular que se salía de lo normal; de un tamaño exagerado, los sorprendió a todos, cogiéndolos desprevenidos en un ataque desmesurado y sin capacidad de reacción, dejándolos desvencijados y a la deriva, tumbados en el lecho siniestrado de aquella fortaleza flotante.

Estaban extenuados del desgaste de tanto divertimento desbocado, y cuando se empezó a elevar aquella nave improvisada, no podían creer lo que les estaba pasando. Esta parecía una balsa invertida, en funciones usurpadoras de un globo aerostático, disparado por los aires sin ton ni son. Los niños, sin esperarlo, se encontraban poseídos por el pánico vertical en la certeza de que cuanto más subían, más dura sería la caída; intentaban agarrarse a aquel material escurridizo al que se habían adherido con todas sus extremidades, como ventosas, para integrar aquello que les estaba ocurriendo, sin pensarlo.

Todo estaba en movimiento en aquel espacio cambiante: el aire se iba mutando a una velocidad endiablada, soplando en las esquinas de Cuatro Vientos con tanta fuerza que la plaza era un gran ventilador tumbado, un molino de viento derribado y valiente que subía el castillo a los cielos. El viento se volvía redondo, se enroscaba en espirales sobre sí mismo, como un torbellino de aspas descontroladas, levantando todo lo que se movía: los niños corrían el riesgo de ser atacados por rachas salvajes o por elementos en suspensión; podían

ser golpeados por objetos sueltos, sin riendas, que estuvieran vacíos, sin grasa que los sujetara al suelo ni peso perceptible por la báscula que el viento moviliza con su fuerza bruta, con rabia, sin control. En aquel golpe de corriente del estado alterado del ambiente, cualquier cosa sería mejor que ser golpeados contra el suelo o caerse muertos de miedo al vacío de sus oquedades sin protección, con sus temores recién descubiertos.

Después del primer impulso tumultuoso de vuelo sin motor y sin piloto ni timón, en medio de un ciclón de turbulencias pasajeras, sin saber lo que harían, los niños no podían elegir el destino donde aterrizar, no sabían a donde los llevaban para estamparse en aquella derrota. Viajaban a la deriva suspendidos en el limbo, iban donde les llevara la desventura. Eran insensatos que desafiaban la ley de la gravedad sin habérselo propuesto. Habían sido sorprendidos por la variabilidad del tiempo atmosférico, con su inestable pronóstico y su dirección impredecible.

El castillo de aire planeaba, por su propia cuenta, después de un zamarreón bestial y un empujón brutal. Habían recibido un azote del viento que les hacía volar, era un golpe de efecto que los puso en órbita y los hizo flotar como algo natural, estaban viviendo una nueva experiencia por encima de la tierra, pasmados con aquella ave de plástico que los había lanzado a los ruedos estelares, como a una gran fortaleza de músculos hinchables, en un enfado de las altas presiones con las isobaras descontroladas.

La bóveda celeste se llenaba de colores y de objetos llamativos, el castillo era un trozo desprendido del arco iris que estaba en movimiento, muy vivo; se desplegaba en el cielo coleando, como deseos sin riendas. Sobre él quedaba prendidas las miradas sorprendidas por aquel fenómeno meteorológico nuevo, no había maneras de salir de aquella fuerza centrífuga que elevaba todo a un exponente arriesgado, a un círculo vicioso que arramplaba con lo que el descuido y la gravedad habían dejado abandonado a su suerte. Todo lo que estaba decaído se había elevado de repente.

En la parte inferior de aquel flotador extraño, que era un neumático volador no identificado, sacado de contexto, en el ojo de aquella especie de huracán, bailaban colgando unas cuerdas que pa-

recían la cola de un cometa extraviado, como un lastre desubicado y arrancado a la tierra por la ventolera, pero le faltaba el ancla para que quedara quieto y no se los llevase el aire. Aunque Antonio Sangremuerta Sánchez pensaba que eran unas buenas sogas para unos columpios, donde balancearse cuando alguien empujara con fuerza y evitar que se los llevaran volando, colgándose allí como raíces en el aire, atados a la imagen de unas guitas que arrastraban y solo aguantaban a aquel artefacto volador por la energía eólica del gran soplón desconocido que delataba sus miserias hasta en lo que parece más intrascendente.

La veleta que había en la plaza se había vuelto loca, no se estaba quieta, dando vueltas sobre sí misma. La gente luchaba contra viento y marea para poder caminar, nadie sabía explicar el comportamiento de la atmósfera y esta parecía que no había aprendido a comportarse en aquellos páramos olvidados, donde el hambre era lo que más abundaba.

Juan Antonio García estaba allí abajo asombrado de aquel prodigio que se había elevado repentinamente. Aunque creía imposible que se hubiera arrancado del suelo, no se explicaba cómo había podido desenraizarse de las piquetas de los hierros clavados. Era inconcebible pensar que pudiera separarse de la tierra firme, desatarse de esta manera tan brutal e inesperada. Él pensaba en ver si algún día el milagro se daba en su interior y se le levantaba el ánimo a él también, de forma sorpresiva, y le permitiera escapar de aquel lugar embargado por la melancolía, donde se mezclaban los ingredientes del giro sorprendente de los acontecimientos; parecía un revuelo buscando el oxígeno venturoso y se formaban constantes bucles etéreos que daban vueltas y convertían a la plaza en un gran caos circulante que ascendía. El aire cálido giraba en el eje del vórtice, levantaba la arena subiéndola en ventoleras, retroalimentándose con una fuerza inaudita, estrellándolo contra las paredes frágiles de las chozas, y cuando caía, golpeaba furioso sobre las cuatro esquinas, como un tornado que no sabía qué hacer en aquella ratonera de los Cuatro Vientos.

Juan Antonio creía que los elementos estaban enfadados con él, porque era el único en el valle que tenía sobrepeso. Él alentó para que dieran riendas sueltas a la locura de hacer que todo girara en torno a

aquel cruce de caminos donde estaba su taberna como epicentro de todos los negocios.

Él sentía una culpa extraña, pensaba que había perdido a los niños canijos de los vecinos; iban hacia un destino incierto, adentrándose en los enigmas de lo desconocido. Era un territorio nuevo, donde él se sentía lleno de remordimientos. Los chicos iban desorientados y desconcertados por el mundo, allí arriba. Iban a la deriva como los pensamientos con peralte de las curvas en movimiento, entraban en unas burbujas gaseosas del tiempo. Tenían unos miradores insospechados, donde soplaban notas silbantes, chapas sueltas voladoras que intentaban huir con su falta de entendimiento de lo que estaba ocurriendo; pero no les daba tiempo, no cesaba el empuje interminable del vendaval, que no daba tregua. Todo se había transformado en un borroso y trasnochado porvenir que se convertía en volutas efectistas, todo en aquel tornado se retuerce como las columnas de los troncos de los olivos salomónicos que se arrancaban de raíz, en su prisa por arrasar todo lo que se había levantado sobre la tierra, buscando una sorpresa y una emoción exageradas, como si todo se hubiera modelado a su antojo: llevándose los techos frágiles, diseñados por autoconstructores nerviosos, que nunca hubieran soñado ese movimiento extraño que se llevaba a los niños volando sobre los descampados.

2. El Pantano de la inmortalidad

A partir de este sorprendente suceso, ya todo fue diferente en el pueblo Perdido. Se terminaron aquellos momentos de cotidianidad primorosa, se rompieron como un espejo de cristal en mil pedazos, en los que Raúl Sangremuerta López, padre soltero de Antonio, estaba en su casa antigua, esa que ya no existía, en el solar donde a duras penas se podía sostener el recuerdo, viendo cómo le cubría una ropa que no era la más apropiada para ese tiempo. La que llevaba parecía pasada de moda, como si vistiera un traje oscuro y viejo. Para poder habitar aquella morada necesitaba ponerse una camisa blanca como la que siempre llevaba cuando sus cabellos eran rubios y alborotados como el viento, parecía que había llegado allí saltándose la tapia del tiempo a través de la casa de la vecina, que no era muy alta y que tenía una valla de hierro que parecía idéntica a la que saltaba cuando huía del colegio; era como si hubiera perdido la clave para habitar, y de repente aparecía entre las tinieblas de aquella casa, entre una oscuridad espesa, formando parte de la penumbra de lo desconocido. Allí aparecía una mujer vestida de luto. Era María de los Ángeles Sánchez Quiroz, la viuda inconsolable que lo habitaba como una mujer que siempre vivía con ellos. De súbito toda la tristeza del mundo se le echaba encima, con su pañuelo negro que oscurecía su mente y todo lo difuminaba, volviéndose borroso. Raúl Sangremuerta López empezaba a sentirse viejo, como si la noche hubiera aflorado en su casa, como si el joven travieso con su luz se hubiera ido definitivamente, se hubiera emancipado del nido en un crepúsculo huidizo y en él solo quedase el decrepito cansancio que

no se sostiene en la opacidad de los años perdidos, en el olvido de lo que ya le pesaba antes de que naciera.

María de los Ángeles Sánchez Quiroz era su cuñada, estaba rara estos días nublados, parecía como si viniera de otra dimensión. Detrás de ella era como si se pasara al mundo de la realidad, ella tenía la llave para franquear aquella puerta al más allá, esta mujer era frágil como un alma de vidrio, con su vestido negro, con su luto puesto como un dolor perpetuo, soportando todo el mundo de sus muertos, con su duelo reflejado en sus trapos humildes. Se cubría con una sencillez de siglos, con sus sentimientos aflorando más allá de sus poros. Lloraba con sus hilos opacos y sus gritos oscuros saliéndole de su traje amplio. Venía a que Raúl Sangremuerta López le arreglase los plomillos de los fusibles fundidos, para que pudiera recuperar la luz que se le había ido a su casa humilde antes de que la oscuridad de sus muertos le revoloteen por su pañuelo y como una depresión maldita la poseyera en silencio. Ella aprovechaba el tiempo que le quedaba, ese que sabía que no tenía arreglo y que dentro de poco iba a perderlo; mientras se sentaba a escuchar la radio, de la que emanaban voces, que no eran suyas, porque ya no eran de este mundo, pertenecían a sus seres queridos que ya no existían, pero que en ella estaban presentes, como los actores y actrices que hablaban de su desconsuelo sin matices. Se servía un café solo, hirviendo, en un vaso de cristal grueso. El abuelo de Antonio Sangremuerta Sánchez, que no era su abuelo, pero era el único que tenía y que se llamaba también Antonio Sangremuerta Martínez, ya estaba allí, había venido para el almuerzo. Ya se había puesto su vaso de vino clandestino. Todos sabían que no podía tomarlo porque era perjudicial para su salud, pero todos los días se bebía uno y eso era lo que lo mantenía con vida; él no vivía en su casa tampoco, pero siempre estaba allí al calor del brasero de carbón negro, al que daba aliento con un cartón, que avivaba las ascuas, entre cenizas que nada calentaban. Él removía con un trozo de hierro la copa y la cucharilla de María de los Ángeles tintineaba con el vidrio, removiendo el azúcar de aquel café amargo que pronto dejaba de estarlo y contagiando de alegría el vino tinto que el abuelo bebía. Mientras, ella decía con una voz afectiva y cómplice:

—Sí, Raúl, necesito que me arregles los fusibles para ver si se espanta la oscuridad de mi casa con esa electricidad de la juventud que tan bien contagias. Las sombras están rondando en los hilos de cobre. Son tan finos que se funden fácilmente con la subida de la tensión. La otra vez ya lo arreglaste, ¿te acuerdas, Raúl? Pero la muerte es tan persistente, se mueve bien entre penumbras y tumbas, y es bueno encender una bombilla, porque la luz del quinqué está triste, parece que nos lleva a tientas, pero en esta desestructurada familia que no es en verdad una familia ni es nada compartimos el pozo y su agua clara. Las tardes que nos hablan desde cualquier emisora lejana y nuestros muertos que están como retratos, por aquí revoloteándolo todo, como duendes que nos acompañan en estas noches frías, se cuelan por las ventanas como insectos que llaman nuestra atención y a veces, estamos ciegos, no los vemos; a tientas los sentimos, su respiración se inspira en nuestro pecho, entrecortándose. Esto no lo puedo hablar con cualquiera, Raúl, pero lo hablo con ellos. Me aconsejan sobre los pasos que debo de dar, a veces porfían, son duros de mollera, me dejo acompañar por ellos. Son los que espantan mi soledad y tú que me escuchas, sé que tú también hablas con alguien que no se ve, porque te veo hablando solo. Hay quien piensa que estás loco de remate, pero yo sé que no es así. Tú hablas con seres que te habitan dentro, tienes conversaciones con tus abismos y yo con los que se me han ido, que muchas veces me hacen visitas, vienen a darme alguna noticia. Espero que tu diálogo te permita entenderte con tus adentros, si no, vendrán desde lo ignoto a hablarte en sueños, con verdades como puños. No te hagas el desentendido, porque si no, vendrán en pesadillas furtivas, como fantasmas nocturnos, a decirte lo que tienen que decirte. No te creas que la vida no te va a hablar desde el más allá, desde esa inconsciencia clandestina que te lleva en su deriva a no sé qué mundos perdidos en tus tuétanos sin nombre. Tienes que leer, leer mucho, para comprender tu propio mundo, para saber que la tierra habla, que los árboles tienen cosas que decir, que tienen una información sigilosa, un aparato parlante, que sus semillas tienen que ver la luz; brotar, crecer, florecer en tu pecho, dar sus frutos maduros en una conciencia siempre nueva.

—María de los Ángeles, estoy desesperado, que a Antoñito se lo ha llevado un tornado o que se yo, me da el pálpito de que lo he perdido para siempre.

—Ya notaba algo extraño, Raúl, yo también estoy desesperada, parece que no estuviera en lo que se está. Te veo perdido a ti también. Esperemos que vuelva pronto mi niño.

Aquellas tardes eran placidas como las de una familia sin aspavientos, en las que no hacía falta hablar mucho ni tener lazos de sangre centenarios. Sabían que la felicidad estaba allí, en la tranquilidad de una sobremesa donde el afecto casi sin querer sale y se pone de manifiesto en torno a unos seres que ya no están, pero que le hablaban desde sus desgastadas sillas de anea; desde su tez arrugada, con sus manos sensibles que en todos los gestos los acompañaban. Ya les fallaban la vista, entornaban los ojos para intentar perfilar los contornos del mundo. Aquello no era una visión. María de los Ángeles sigue acercándole el café, mientras recuerda los viejos rostros, como un ser poseído y absorto en aquellos seres mágicos que no se borran, aunque hace tiempo que se fueron; no se sabía dónde, pero que cada tarde acudían a su cita, como una pareja estable que se acompañan todas las tardes. Coincidían en su corazón vespertino, aunque apenas se hablaban, pero que aparecían como en un viaje en el tiempo y se buscaban. Ella estaba muerta, con su piel blanca, lívida como las sabanas que cuelgan en su tendedero, con su pelo recogido, con sus canas de siempre que hablaban del tiempo que los escuchaba en silencio; venía a visitarlo.

Ella estaba sola, vivía justo al lado de su carne, compartían un pozo medianero que también daba a la calle, del que a veces, cuando ella se lo pedía, le sacaba un cubo de agua de aquel agujero negro donde este líquido moraba en las entrañas de la tierra, como un venero oculto que los regaba por dentro, entre las raíces y las arterias. Cuando subía hacía arriba con el chirriar de la garrucha y la tensión de la cuerda subía la sangre como la savia de la tierra, esta se volvía transparente en el recipiente de latón que la elevaba hasta sus sienes, en su cántara de barro como si fuese leche que en sus manos pequeñas vierten.

Raúl era el sepulturero del cementerio del pueblo, además de conductor de un camión que transportaba toda clase de materiales

de la construcción. Era un enterrador que soñaba con los muertos, hablaba con ellos cuando estaba despierto. Decían que estaba un poco loco, pero él hablaba con el otro lado del rastro que dejaban a su paso y con las brumas; eran como unas nubes fantasmas a las que él les ponía cara. Atentamente las escuchaba, sentía escalofríos cuando conversaba, pero sí parecía tener un sexto sentido y de alguna manera los cuidaba.

—Qué delgado te veo, Raúl, hay que ver lo seco que estás. Te estás quedando en los huesos.

—Estoy un poco desganado, últimamente he perdido el apetito. Esto de la desaparición del niño me tiene frito; pero a ti te veo alterada, María de los Ángeles. ¿Cómo lo llevas?

—Estos del Ocaso están un poco locos. Me han llamado y me han dejado preocupada, no sé de dónde se han sacado: que me traen mi cuerpo, que me he muerto en un lugar lejano, en el extranjero, y que me lo están repatriando. Compréndeme, Raúl, echo de menos al niño. Esto habrá que arreglarlo de alguna manera. No me hallo sin él.

—¿No puedes quedarte quieta, verdad?

—Si me tengo que enfrentar a la muerte, pues lo hago. Sabes que no he rehuido nunca ante nada.

—Siempre te habías caracterizado por tu quietud. Entre tanta muerte. Pero tu figura se deshace poco a poco, veo como si te estuvieses perdiendo, diluyendo en el aire. La muerte nos está cambiando, María de los Ángeles, nos está trasformando en seres casi inexistentes.

—Las personas cambian mucho cuando les pasa algo extraordinario, Raúl. Nos acaba de ocurrir algo inaudito y mira cómo estamos, impactados y no levantamos cabeza.

Antonio, su pareja, hermano gemelo de Raúl, ya había muerto hacía un tiempo. Era fuerte y alto como un olmo, con su piel blanca como las de una madera nueva. Él venía de vez en cuando a su patio con una brazada de algodón recién cogido en el campo, lo guardaba en su morral, era el algodón más limpio que aquella tierra podía dar; le decía que tenía que guardar toda aquella ternura para cuando la pudiera necesitar. Era blanco como la cal que su madre apagaba en un barreño de barro, ella sabía que era un tesoro que relucía en su sonrisa y que pesaba en un saco que él le regalaba lleno de cualida-

des a un recolector inexperto del mundo y de sus vanidades. Cómo podía a veces ser tan duro el algodón para que ya no comprendiera, el ser depositario de todo el tacto con el que se trata a las personas frágiles y su contactos con las matas que se quedaban desnudas, despojadas de toda su blancura, cuando aparecía su timidez y surgía en su rostro una expresión colorada; aquella cosecha sonrosada que iluminaba a aquel hombre cuando le hablaba por su boca la sabiduría de los años hecha persona le enseñaba con paciencia a recoger los frutos del sudor, su flores maduras, blanqueadas, con callosidades en las manos y con agradecimiento hacia él, por el tacto y la suavidad con la que la trataba.

Antes de que Raúl naciera, la muerte le estaba rondando. Su abuela Angustias murió poco antes de que su madre diera a luz. Él sentía la tristeza de su madre por la pérdida de su abuela. Ella la quería tanto que su llegada al mundo no pudo compensar su gran pena. Él lo llevaba con resignación y a veces quería entender que su desatención no era que lo aborreciera, no estaba ella para muchas alegrías en su estado de luto casi permanente desde que la conociera. Llevaba un pañuelo negro que le cubría toda su cabeza y escondía debajo de él todo lo que surgía en su mente. Era cariñosa, pero se esforzaba en mostrar una dureza que le atenazaba su afecto. Su blusa también era compacta y estaba hecha con hebras negras, su tejido era de duelo y su falda era larga también forrada con las telas de doliente.

Raúl era un relevo en su vida, para sustituir a un ser irremplazable. Le habían puesto el listón muy alto desde pequeño para ser un suplente inexperto y advenedizo, con una misión casi inalcanzable y unos retos insufribles.

Raúl llevaba a sus espaldas la muerte temprana de su hermana Julia y ahora le volvía a atacar las desgracias. Ella era pequeña; su madre decía que era una morena remendada, con sus ojos azules iluminando su cara. Era hermosa cuando la describía, sus palabras se llenaban de belleza cuando la recordaba, como si por unos instantes la reviviera y dejara de estar muerta con su carita de niña buena. Contaba que ella solía jugar cerca del naranjo, debajo de su sombra protectora de un sol sofocante que asfixiaba con su calor, costaba respirar con aquel castigo arriba irradiando fuego por todo el valle

Perdido, secando rastrojos, cuando la muerte vino a llevarla. Nadie supo el motivo ni la enfermedad que contrajo. La mala sombra persiguió a aquel árbol que más tarde se secó, era dulce y daba cobijo, pero acabó siendo un árbol mustio. Tal vez hubiera sido mejor que la dejara debajo del olivo, que era más fuerte, aunque pareciese más triste, pero guardaba más cuidado de los nenes que murieron antes de que él naciera.

Raúl no sabía cómo llevar esa carga a pesar de que podía trepar por sus troncos amables y apearse siempre era una derrota, tan grande como la de que es cierto de que a pesar de todo quisiera eliminar su nombre muerto del suyo compuesto y sigue llamándola como una niña traviesa que a veces despierta de su sueño eterno, y le decía cómo te llamas, le advierte quién era y gritaba cuál era su verdadero nombre. Ella sabía que él la contenía, como heredero universal de todos sus bienes, como depositario de todas sus cualidades, se invocaba a veces en él, hablaba a través de él, como un espíritu libre que lo habitaba, como una hermana ermitaña que forma una simbiosis con su alma y vive en su universo pequeño, como un planeta infantil en una órbita extraña que le da las vueltas y aparece como una presencia que lo habita y lo acompaña.

Decían de María de los Ángeles que estaba rara, como si sufriera una demencia senil adelantada, con los síntomas olvidadizos galopantes. No reconocía a nadie y llamó a Raúl por su nombre de pila. Esa tarde, al verlo, le dijo el día de los hechos:

—Raúl. ¿Sabes que tu hermano gemelo ha muerto?

—¿Quién te lo ha dicho? Eso no lo sabe nadie.

—Él me lo dijo.

Raúl se quedó helado, no sabía cómo responder. Su cuñada parecía que decía algunas frases con lucidez, como una estrella anunciadora y fugaz. Ella no sabía quién era, se había olvidado de su identidad. La noticia de la muerte del hermano de Raúl le había llegado tarde y desconocemos a ciencia cierta por qué medio, pero la precisión de la información descolocaba el raciocinio de su cuñado. Intentaron protegerla de la pena, pero el duelo llegó por sus propios medios. La ausencia del hermano de Raúl era demasiado escandalosa como para pasar desapercibida hasta para María de los Ángeles,

que en su estado de inconsciencia transitoria encontraba respuestas en la voz de los muertos, como si estuviera más cerca del mundo del camposanto que del sus parientes, presos del desconcierto de una familia de la que se alejaba, y que desaparecía de forma frenética de su memoria en la ilógica de su demencia desenfrenada y en una deriva desesperanzada de que no era la que fue.

Ella no esperaba nada de la vida, por eso parecía que tenía prisa por irse, no se sabe a dónde, pero poco a poco iba alejándose de todo lo que conocía. La conciencia decrecía al mismo tiempo en que su memoria se deterioraba inexorablemente.

Cuando aparecía su niña pequeña, ella no le ponía nombre, pero el instinto maternal le despertaba una sonrisa y una alegría extraña, que ella no sabría explicar; se le habían perdido algunas palabras por el camino para poder describirla.

Para ella la realidad no existía, todo lo que vivía era una fantasía que inventaba constantemente. No tenía recuerdos en los que apoyarse. Era su imaginación la única que funcionaba, todo lo que se le representaba era su mundo real.

Los sentimientos eran lo único que no podía deformar. Ella decía que se estaba muriendo poco a poco, que la muerte le estaba desgastando las resistencias.

Aquello era un sueño interminable que duraba demasiado tiempo ya. Estaba como ida, como una cosmonauta con mucho sigilo flotaba en su delirio sin gravedad, desprendiéndose de los amarres umbilicales dependientes de la oscuridad que le rodeaba. Se tenía que ir, su casa ya no era su casa, no podía valerse por sus propios medios, ni siquiera tenía algo parecido a tener criterio.

La verdad rompe la magia, y a veces el corazón de sus seres queridos, pero para ella esta ya no tenía ningún sentido. Estaba lejos del ruido, de las disputas y de las manipulaciones. Los juegos eran algo donde todo se mezclaban de una forma compleja y sencilla. Antes la familia era lo más importante, tenía una excusa para huir de sí misma, se sentía presa de su propia vida sometida a no se sabe que diatribas.

Se iba a su propio mundo, impenetrable, como su propia inconsciencia, caída al pozo del sueño, a ese mundo inhóspito en los abis-

mos de sí misma, en ese inconsciente oscuro que se esconde enterrado, como un ente huidizo que se ocultaba entre los misterios que ella esporádicamente visitaba en sus escarceos oníricos, en escapadas fugaces nocturnas a tientas perdiéndose en la oscuridad. Allí, en la sala de máquina psíquica donde todo se cuece con sus propias reglas, donde los sentimientos trabajaban en secreto urdiendo complejos indescifrables que determinaban todas las acciones de su vida, con emociones desatadas que parecían que no encontraban receptores que las percibiesen y supieran de qué hablaban cuando se expresaban en cuanto se palpaban, creyendo que estaba viva en alguna zona de su alma perdida; en realidad estaba rematadamente desahuciada con los diagnósticos condenándole ya para siempre a la penumbra.



SUEÑO CON LAS MARISMAS

JUAN CLEMENTE SÁNCHEZ

ÍNDICE

1. Despegue de marisma.....	13
2. El pantano de la inmortalidad.....	23
3. Hambre.....	33
4. Pantano.....	41
5. Nexo central.....	51
6. Mosquitos.....	61
7. Fraternicidio.....	71
8. Tiovivo.....	79
9. Campanas.....	89
10. Fallas.....	97
11. Poblado Perdido.....	107
12. Fuego.....	117
13. Soledad.....	127
14. Vuelos de la muerte.....	137
15. Romeo.....	147
16. Abusos a Neus.....	157
17. Destrozos.....	167
18. La barca acribillada.....	177
19. María de los Ángeles.....	187
20. Herculina.....	197
21. Se levanta Soledad.....	207
22. Neus Benet Monfort.....	217
23. Desaparecida.....	227
24. Parada de tren.....	237

25. Fogonazo.....	247
26. Matatrenes.....	257
27. ¿A quién se le ocurre?.....	267
28. Tren descarrilado.....	277
29. Apoteosis.....	287
30. Radio.....	297
31. Teatro.....	307
32. Persecución.....	317
33. Yo ya me despedí.....	327
34. Río rojo.....	335
35. Yo no puedo más.....	345
36. Saca de las yeguas.....	355
37. Materializarse náufragos.....	365
38. Aguas sulfurosas.....	375
39. Muerto dos veces.....	385
Agradecimientos.....	395
El autor: Juan Clemente Sánchez.....	399

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 3 de febrero de 2025
coincidiendo con el natalicio del escritor
Paul Auster
en cuarto creciente.





